

Entregarse á devotos ejercicios.
 Los que, merced á confesion sincera,
 Las manchas de su vida ya purgaron,
 A la mesa eucarística llegaron
 Cual si su hora final aquella fuera.

Seguido de los pares y magnates,
 Príncipes y oradores de su corte,
 A quienes con su porte
 Edifica, admirando con su ejemplo,
 El buen rey Carlos se dirige al templo.
 Humilde allí, postrándose de hinojos,
 Juntando ambas sus manos, y sus ojos
 Hacia los cielos levantando, dice :
 « Pequé, Señor, pequé; mas ¡ah! conmigo
 « No envuelvas á mi pueblo en el castigo.
 « No, no permitas que instrumento sea
 « De tu encono tu bárbaro enemigo,
 « Que, como al pueblo que tu nombre lleva
 « A manos del infiel espirar dejes,
 « Tus contrarios dirán que en bien no prueba
 « Tu apoyo de la causa que proteges.
 « Por uno á quien castigues
 « La fe del pecho arrancarás á ciento,
 « Y el error que persigues
 « Tomará cada vez mas incremento.
 « Bien sé que poco ó nada
 « Nuestros méritos valen
 « Las manchas á borrar de una existencia
 « En el error y la impiedad pasada ;
 « Mas tu gracia, ¡oh mi Dios! y tu clemencia
 « Suplan á lo que darte no podemos,
 « Y á tu eterna bondad agradecidos,
 « En ti, Señor, por siempre esperaremos. »
 Dice el monarca, que en su Dios confía,
 Y en agregar á su oracion no tarda
 Votos dignos de su alta jerarquía
 Y del favor que del Eterno aguarda.
 No fué vana su súplica; que el ángel

A quien el cielo encomendó su guarda,
 Las alas bate y de la luz divina
 A la elevada estancia se encamina.
 Al pié del trono del Excelso llega,
 Y, la oracion de Carlos deponiendo,
 A las del rey sus súplicas agrega.
 Por las armas de Carlos tambien ruega
 La multitud brillante
 De bienhadadas almas que la vista
 Gozando estan del sempiterno Amante.

La inefable bondad, á quien no en vano
 Se dirigió jamas alma sincera,
 La vista alzó piadosa, y con la mano
 Hizo seña á Miguel de que viniera.
 « Vé, » le dice, « al confin de Picardia,
 « Do la britana hueste desembarca
 « Y á la presencia del francés monarca,
 « Sin que lo sienta el árabe, la guia.
 « En busca del Silencio,
 « Ministro fiel de lo que hacer le atañe,
 « Marcha primero, y de mi parte dile
 « Que en esta empresa quiero te acompañe.
 « A la mansion de la Discordia luego
 « De allí volando, le dirás que fuego
 « Vaya á sembrar en el contrario bando,
 « Y que con él las almas inflamando
 « De sus mas valerosos caballeros,
 « Volver contra sí propios sus aceros
 « Les haga, á fin que muertos queden unos,
 « Otros heridos, otros prisioneros;
 « Despechados, del campo otros se alejen,
 « Y que á Agramante sin apoyo dejen. »
 Nada responde el ángel; mas, del cielo
 Partiendo, emprende sin tardar su vuelo.
 Espléndida aureola,
 Cual la luz del relámpago, le ciñe;
 Do quier que él pasa, el aire se arrebola
 Y la nube de púrpura se tiñe.

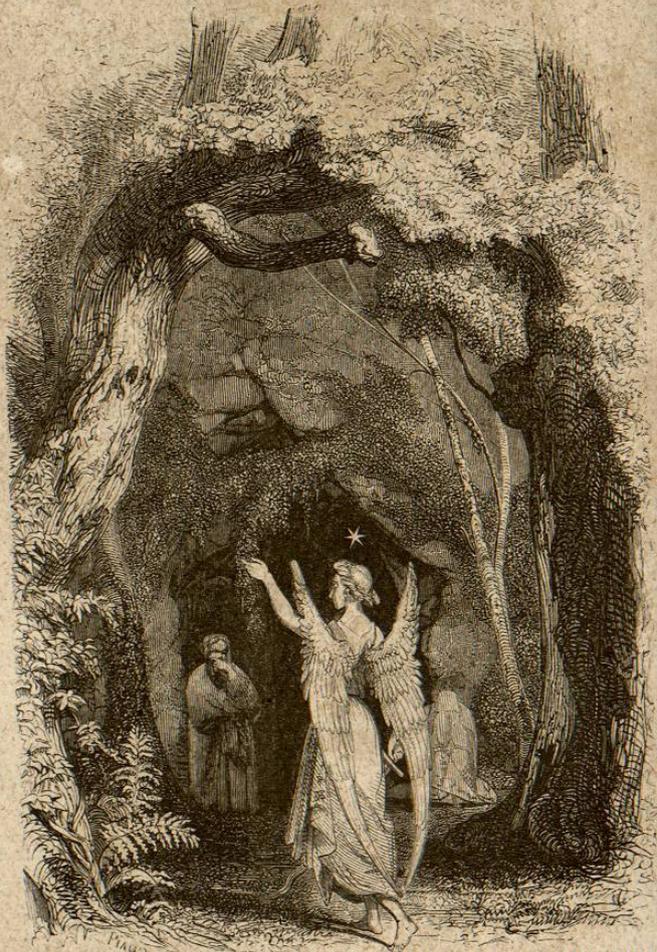
Mas no sabiendo adonde el ala deba
 Dirigir por topar con el Silencio,
 A quien del cielo los mandatos lleva,
 Hacia el sitio el arcángel se dirige
 Do ley severa rige
 Que interdice el hablar al cenobita,
 Donde la voz *Silencio* se halla escrita
 En celdas y oratorio,
 En los muros del claustro y refectorio.

Allí creyendo, al lado del reposo
 Y de la caridad, poder hallarlo,
 Las áureas plumas bate presuroso
 El arcángel Miguel; mas, no bien entra,
 Nota su error. Escrito en la muralla
 Do quier que lleva sus pisadas, halla
 Silencio allí; mas ni al Silencio encuentra,
 Ni el amor ve, ni la piedad que un día
 En los tranquilos claustros existía,
 Y que de ellos, ha tiempo, desterraron
 La pereza, la envidia,
 La avaricia, la gula y la perfidia.

En el convento, atónito el arcángel
 Descubre al monstruo á quien, del Padre Eterno
 Por cumplir el mandato,
 Iba á buscar al fondo del infierno.
 ¿Quién lo creyera, quién? ¡A la morada
 Que al servicio divino
 Debiera estar tan solo consagrada,
 A hallar Miguel á la Discordia vino!

Reconócela presto
 A su traje, compuesto
 De mil retazos de color distinto,
 Con los cuales jugando
 El viento á su placer, sus formas iba
 Ora encubriendo, agora revelando.

Sus cabellos, cual negro y cual castaño,
 Cual del color del oro ó de la nieve,
 Formaban el conjunto mas extraño.



El Arcángel S. Miguel ejecutando las órdenes de Dios. (T. I, p. 231.)

Por su pecho los unos,
Por su espalda los otros se esparcian,
Y de su frente y de su sien algunos
En torno se trezaban ó tegian.
Contra el seno sus manos estrechaban
Legajos de libelos,
Causas, consultas, pleitos y escrituras
Que al pòbre siempre por vedar acaban
De ver su hacienda ó su quietud seguras.
Detras, delante de ella, y á sus lados,
Se agolpaban escribas y abogados.

Miguel la llama; expónéle sus planes,
Su pronta ejecucion le recomienda,
Y unos contra otros mándale que encienda
En rencor á los jefes musulmanes.

De la mansion donde el Silencio habita
Nuevas el ángel preguntando luego,
A la que se hace del furor un juego
Y al orbe entero extiende su visita.

« No se me acuerda, » la Discordia dice,
« Si vi nunca al Silencio ni en qué parte,
« Bien que el nombre no me es desconocido,
« Y que de sus astucias y de su arte
« En mas de una ocasion nuevas he oido;
« Mas una amiga y compañera nuestra
« Aquí vive que, acaso, á tu desseo
« Podrá satisfacer. Llegar la veo,
« Héla aquí, » dice; y con la alzada diestra
A la Mentira, que se avanza, muestra.

Pulero es su traje; su ademan modesto;
Humilde su mirar; su paso grave;
Dulce su voz y placido su gesto,
Cual el gesto y la voz del que á María
Vino, en nombre de Dios, á decir Ave.
Disforme es todo el resto,
Mas su torpeza oculta bajo capa
Que un puñal siempre emponzoñado tapa.

Por el arcángel preguntada adonde

Partir en busca del Silencio deba,
 La Mentira responde :
 « En los antiguos tiempos , cuando nueva
 « De Benito y de Elias
 « Era la institucion , de sus secuaces
 « Habitaba en conventos y abadias.
 « En tiempo de Pitágoras y Arquitas,
 « De sus cátedras dócil largos años
 « Frecuentó los escaños;
 « Mas , muertos ya los santos y los sabios
 « Que silencio impusieron á sus labios ,
 « Degenerando de virtud en vicio ,
 « Vivió luego asociado al maleficio.
 « En la nocturna sombra á los amantes
 « Empezó acompañando ; á los ladrones
 « Asocióse en seguida ,
 « Y , cómplice de réprobas acciones ,
 « Dió su apoyo al traidor y al homicida.
 « Tal vez dentro á la tierra se sepulta
 « Con los que falsa acuñan la moneda.
 « Fácil no es , pues , que hallar ninguno pueda
 « Al que de albergue á cada instante muda.
 « De hallarle , empero , un medio voy á darte ;
 « A la mansion del Sueño hoy mismo parte ,
 « Y á media noche llega ,
 « Que al reposo tal vez allí se entrega. »
 Bien que fe la Mentira no merezca ,
 Es tal la gravedad con que razona ,
 Que á los frailes el ángel abandona
 Sin siquiera aguardar á que anochezca.
 Del Sueño en busca , el ala voladora
 Ora templando , acelerando agora ,
 Se dirige , que á la hora designada
 Llegar desea al fin de su jornada.
 De ciudades y villas apartado ,
 Y de abetos y de hayas coronado ,
 Hay en Arabia un vallecillo ameno
 Donde , aun en el rigor del mediodía ,

En vano el sol por penetrar porfia.
 Vese en él una piedra
 Que una gruta capaz forma en su seno ,
 A cuya boca enlázase la hiedra,
 Que , con tortuosos giros , por sus muros
 Desciende hasta sus ámbitos oscuros.
 Esta del muelle Sueño es la morada.
 En el suelo sentada ,
 A un lado suyo la Pereza yace ,
 Que apenas puede con su propio peso ;
 Y por el otro el Ocio ,
 Lívido , sucio , soñoliento , obeso.
 Fijo en la puerta , el vaporoso Olvido
 No deja entrar , no reconoce á nadie.
 No escucha , ni responde ,
 Y con su velo á los de dentro esconde.
 De fieltro con calzado
 Y en cenicienta capa arrebozado
 Escóltale el Silencio , centinela
 Que , porque nadie allí se acerque , vela.
 Acércasele el ángel , sin embargo ,
 Y , en baja voz , trasmítele su encargo.
 El Silencio la frente ,
 Mostrando haberle comprendido , inclina ;
 Y tras Miguel poniéndose obediente ,
 Hácia el suelo normando se encamina.
 Desde allí de manera
 La marcha de sus tropas acelera ,
 Que ante los muros de Paris las guia ,
 Sin que nadie lo advierta , al otro dia.
 En torno de estas tropas discurriendo
 El Silencio entretanto ,
 Ora del sol los rayos les mostraba ,
 Ora de espesa niebla bajo el manto
 Caballos ocultaba y paladines ,
 Amortiguando el son de los clarines.
 Y al campo musulman yendo en seguida
 Vierte en él no sé qué , que sorda y ciega

A su gente dejando, la venida
No le permite ver de la que llega
Por Reinaldo y el ángel conducida.

Al pié de las murallas Agramante
Y en las aldeas que á Paris circundan,
Las sus tropas de á pié coloca en esto;
Que en un ataque vigoroso y presto
Sus esperanzas últimas se fundan.

Quien capaz fuera de contar la gente
Que contra Carlos mueve en este instante
El árabe arrogante,
Contara fácilmente

Las plantas todas que la umbrosa espalda
Del Apenino encubren, y las olas
Lanzadas de las costas españolas
Que van de Atlante á salpicar la falda,
Y las lumbreras que en la noche miran
A los tiernos amantes que suspiran.

Con fragor espantoso y repetido
De Paris las campanas se agitaban,
Y en los templos de Dios, á su sonido,
Millares de devotos
Las manos y las súplicas alzaban.

Fueron tantos los votos
Al Señor ofrecidos aquel día,
Que, á tener en el cielo
Tanto valor como en la tierra el oro,
Recibiera cada ángel un tesoro.

Alzan la voz quejándose los viejos
De que los haya el hado
Para ver tanta ruina reservado,
Y, con mente envidiosa,
Del amigo se acuerdan y del deudo
Que del sepulcro en la mansion reposa;
Mas, de la edad adusta
Consejos y temores despreciando,
Llena de ardor, la juventud robusta
De los muros volando á la defensa,

Ni en el peligro que le amaga piensa.

Juntos allí se ven condes, barones,
Reyes y duques, príncipes, marqueses,
Soldados extranjeros y franceses.
De honor, de celo y fe cada cual lleno,
A Carlos ruega que bajar los puentes
Y atacar le conceda al sarraceno;
Mas, bien que de este ardor se felicite,
El sabio emperador no lo permite;
Y en los sitios mas propios y oportunos,
Para cerrar al bárbaro la via,
Con tino disponiéndolos, á algunos
Este puesto confia,

Mientras al otro gruesa hueste envia.
Al uno ordena que encendidas siempre
Las hogueras mantenga,
Al otro que hácia el punto á do convenga
Las máquinas transporte; y de este modo
Carlos está do quier, y atiende á todo.

Sobre un llano, en el centro de la Francia,
Sentado está Paris. Sus muros besa
El Sena, que los corta y atraviesa,
Formando en medio una insula que abarca
La mas bella porcion de su comarca.
Completan la ciudad otras dos partes
Cuyo exterior protegen sus baluartes,
Y cuyo interno lado
Por el curso del Sena está guardado.

Por varios puntos á la vez se expugna
Ciudad que leguas de circuito cuenta;
Mas el rey Agramante,
Que á dividir su ejército repugna,
Por solo un lado acometer intenta.

De la muralla en torno el sabio Carlos
Armas y municiones acopiando,
Las orillas del Sena fortifica
Con fosos y con muros que fabrica,
Y su curso defiende

Con sólidas cadenas que en él tiende:
 Luego á los puestos corre y los pertrecha
 En proporcion al riesgo que sospecha;
 Y las miras del moro penetrando,
 El sitio ve por do su ataque apresta,
 Y sus designios frustra ó contraresta.

Miéntas que con sus tropas Agramante
 Dar el asalto á la ciudad debia,
 En el campo Marsilio aguardaria
 Con Ferragut, Grandonio, Balugante,
 Falsiron, Isolerto, Serpentino
 Y con la gente que de España vino.

Del rey Marsilio á la siniestra mano,
 Sobre el Sena apoyábase Sobrino,
 Con el hijo de Almonte, con Puliano
 Y con el rey de Oran, que alza insolente
 A seis brazas del pié la erguida frente.

¿Porqué mi pluma á fatigarse empieza,
 Miéntas con tal presteza
 Las armas mueve toda aquella gente,
 Y mientras el rey de Argel impetuoso
 Grita, blasfema, y hiere sin reposo?

Cual del estío en las ardientes horas,
 Agitando las alas zumbadoras,
 Un enjambre de moscas acomete
 Ya de espumante leche el toscó vaso,
 Ya los restos de espléndido banquete,
 O cual se arroja acaso
 Banda de tordos sobre cepa opima
 De racimos maduros,
 Así lleno del fuego que le anima
 Acude el agareno hácia los muros.

De lo alto dellos, con ardor no visto
 Resiste fuerte el adalid de Cristo.
 Si uno perece, su glorioso puesto
 Otro ocupa bien presto;
 Y sus golpes en tanto
 A mil mórós y á mil de vida privan

Y en el profundo foso los derriban;
 Que no tan solo espadas, picas y hachas
 A su defensa sirven de instrumentos,
 Sino que gruesas peñas, y fragmentos
 De almenas y baluartes
 Llueven sobre el infiel por todas partes,
 Y agua hirviendo que abrásale y le ciega
 Y viva cal y arroyos de resina,
 De azufre, nitro y pez y trementina,
 Y aros de hierro al fuego enrojecidos:
 Ominosa corona,
 De que aquel que la ciñe no blasona.

De Buraldo y de Ormida en compañía,
 Al pié de la muralla, en este tiempo
 Rodomonte otra hueste conducia.
 Clarindo y Soridano
 Iban con él. De Ceuta el soberano
 Y el de Cosca y Marruecos le seguian,
 Y en afan de brillar se consumian.

Del rey de Argel en la purpúrea enseña
 Brilla un leon, á quien á abrir obliga
 La boca una beldad que lo domeña.
 Emblema es el leon de Rodomonte,
 Y la doncella es su adorada amiga,
 A quien volará á libertar gallardo
 Si supiera que es hoy de Mandricardo.

En este tiempo, y en un mismo instante,
 De combatientes llenas
 Mil escalas invaden las almenas.
 Y « adelante, adelante »
 Gritando algunos con audaz denuedo,
 Ánimo dan á los que sienten miedo.
 Ni hay forma de cejar. ¡Guay del que quiere
 Salvar su vida ó que en ardor afloja!
 Al que vacila, con su espada hiere
 Y al hondo fosa arroja
 Rodomonte, que ardiendo en saña loca,
 Al mundo entero y hasta á Dios provoca,

Y que, huyendo los sitios mas seguros,
 En busca va de riesgos y de apuros.
 Ceñido de la espada y la armadura
 Que fabricó Nembrot, su propio abuelo,
 Cuando impía guerra quiso hacer al cielo,
 Rodomonte, que altivo cual aqueste,
 La bóveda celeste
 Impávido asaltara si existiera
 Camino que hasta allá le condujera,
 En el foso se arroja, se adelanta,
 Y, veloz cual el rayo, lo atraviesa,
 Bien que el agua le llegue á la garganta.
 Y, de cieno y de sangre amancillado,
 De audacia dando pruebas manifiestas,
 A la muralla sube
 Por medio de una nube
 De fuego, dardos, piedras y ballestas.
 Encubierta la frente
 Con su broquel, al parapeto llega,
 Y atacando la puente
 Do atónito el cristiano se repliega,
 Hierde y destroza y en purpúreo lago
 Convierte el suelo, y brazos y cabezas
 Del alto muro hace rodar al foso,
 Causando el mismo estrago
 Que hace en Volana jabali furioso.
 Suelta el broquel; en la ansia que le anima,
 La espada empuña; y contra el duque Arnolfo,
 Venido ha poco del nublado clima
 Do el Rin se lanza en el salado golfo,
 Se dirige veloz. Cual se resiste
 A la llama la pólvora, así el triste
 Arnolfo contra el golpe se defiende
 Que en tierra, hendido hasta el arzon, lo extiende.
 Tal es la confusion, tal el conflicto
 En que del moro pone el hierro invicto
 A la cristiana gente, ha poco altiva,
 Que de un solo revés á Flándes priva

De Anselmo y de Oldarado. Con las de estos,
 Las cabezas derriba
 De Espinocio y Prando,
 Guerreros del ejército normando,
 Hasta el vientre en seguida
 Al maguntino Orgueto atravesando,
 Con la sangre exhalar le hace la vida.
 Desde el muro despues vienen al foso
 El sacerdote Andrópono y Mosquino,
 Que, adorador del vino,
 Del agua, mas que de áspid ponzoñoso,
 Toda su vida huyó, y á quien funesta
 Doblemente es la muerte
 Que recibe en el agua que detesta.
 En dos á Luis el provenzal divide.
 El tolosano Arnaldo
 La tierra, al lado de Dionisio, mide;
 Y la miden tambien Hugo y Ambaldo,
 Huberto, Satalon, Claudio, Gualtero
 Y otros mil, de los cuales
 Ni el nombre aquí ni la nacion refiero.
 Detras de Rodomonte, en la muralla
 Penetra en tanto la feroz canalla,
 Al cristiano poniendo en grande aprieto.
 Con orden al segundo parapeto
 Este entónces replégase, seguro
 De que no sin esfuerzo y sin apuro
 Podrá el infiel atravesar el trecho
 Que del uno separa el otro muro.
 Desde el segundo, fuertes y gallardos,
 Algunos con ventaja se defienden,
 Mientras con lanzas, piedras y con dardos
 Desde una alta cortina otros ofenden
 A la copiosa chusma, que aterrada
 Empezaba á ceder, y que cediera,
 Si el de Argel no acudiera. Con su espada
 Hierde ó da muerte al que al terror se entrega;
 Por el cabello al uno,

Por el cuello ase al otro ó por los brazos ;
De sangre al suelo riega ,
Y de miembros y cuerpos en pedazos
El ancho foso , hasta los bordes , ciega.

Miéntas en lo hondo de este abismo horrendo
Los bárbaros cayendo ,
Buscan con nuevo afan nuevas escalas
Por trepar al segundo parapeto ,
El rey de Argel , cual si sutiles alas
Llevara en vez del espaldar y el peto ,
Veloz del foso al otro lado salta ;
Con sangre del frances el suelo esmalta ,
Ruina sembrando y destruccion. No hay cota
Que el golpe al pecho dirigido tuerza ,
Ántes , cual vidrio rota ,
Salta al sentir su incontrastable fuerza.

Bajo el cieno del foso acumuladas
Por Cárlos , ántes del asalto , fueron
Estopas y faginas embreadas ,
Odres de aceite , azufre , de salitre
Y de otras mil materias inflamables ,
Que un horrendo castigo
Reservaban de Dios al enemigo.

En tanto que este por hallar salida
Y por subir al muro se esforzaba ,
La llama , por mil partes encendida ,
En una sola al cielo se elevaba ,
Y , el sol oscureciendo ,
Sepultaba á Paris en caos horrendo.

A su rugir continuo y espantoso
Se mezclaba la horrisona armonía
De la misera gente , que en el foso ,
Por culpa de su jefe , perecia.
Gritos , clamores , llanto ,
Estrago , horror , desolacion y muerte
Do quier el alma estremecida advierte.

Mas tiempo es ya de respirar un tanto ,
Aquí poniendo término á este canto.

CANTO XV.

Prosigue el asalto. — Primeros viajes de Astolfo. — Dale Logistila una trompa prodigiosa y el libro que enseña el modo de destruir todo encanto. — Elogio de Cárlos V y de sus capitanes. — Astolfo prende á Caligorante y mata á Orrilo. — Encuentra á Aquilante y á Grifon , y dispónese á ir con ellos á visitar los Santos Lugares. — Grifon recibe noticias de la infidelidad de Origile.

Noble es siempre el vencer , ya que al ingenio
O á la fortuna el triunfo se atribuya ,
Bien que la sangre empañe la victoria
Y el mérito del jefe disminuya.

Al colmo de la gloria
Aquel llegará solo que , la sangre
No prodigando de la gente suya ,
Al enemigo ejército destruya.

Este alto honor , señor , vos merecisteis
Cuando al leon vencisteis
Que , terrible en la mar , con sus galeras
Del Po las dos riberas ,
Desde Ferrara á Francolin , cubria.

Su rugido feroz ya no me aterra ;
Que á nuestro frente , oh príncipe , os advierto ,
A vos por quien fué muerto
Nuestro enemigo y libre nuestra tierra.

En su daño obstinándose el pagano ,
No sabe obrar así. Su impetu insano
Con la misera gente que derriba ,
La intensidad aviva
Del incendio horroroso

Que , solo tanto cuerpo calcinando ,
Cabida á todos dar pudo en el foso.

Once mil y veinte y ocho sarracenos
Hallaron muerte en sus ardientes senos ,
Miéntas su jefe altivo y temerario ,
Causa de tanta y tanta desventura ,